

MARTÍN CASARIEGO
NICOLÁS CASARIEGO
MARTA RIVERA DE LA CRUZ
MARCOS GIRALT TORRENTE
FRANCISCO CASAVELLA

Lazarillo de Tormes

451.Re:

TRATADO PRIMERO

CUENTA LÁZARO SU VIDA Y CÚYO HIJO FUE

Martín Casariego

QUIERO RECORDARLE A VUESTRA MERCED, LO PRIMERO de todo, que a mí me llaman Lázaro de Tormes, hijo de Tomé González y de Antonia Pérez, naturales de Tejares, un pueblo de Salamanca, con sus huertos, su iglesia y su buena y mala gente. Nací en el río Tormes, y por eso me llaman así, y no Lázaro González. La cosa fue como sigue: mi padre, que Dios perdone, fue durante quince años el molinero de una aceña que estaba en la ribera de dicho río, y estando mi madre una noche en el molino, preñada de mí, le entraron los dolores del parto y allí mismo me echó al mundo, así que no exagero si digo que nací en el río, que al mar lleva.

Tenía yo ocho años cuando acusaron a mi padre de hacer sangrías en los costales de sus clientes. Lo metieron preso, y confesó y no negó. A los perseguidos por la justicia el Evangelio los llama bienaventurados, así que confío en que

esté en el Cielo. En esa época se levantó una armada contra los moros, y mi padre, que estaba a la sazón desterrado por lo ya dicho, era el acemilero de un caballero que a la guerra fue; y como leal criado, con su señor se despidió de esta vida.

16 Mi madre, como se vio viuda, sin marido y sin nada, decidió arrimarse a los buenos para ver si algo se le pegaba, y nos fuimos a vivir a la ciudad. Alquiló una casita, y empezó a trabajar guisando para ciertos estudiantes, tan aficionados a los pellizcos como a los latinajos. A cambio de algunos favorcillos, uno de ellos accedió a enseñarme a leer y a escribir, y tan bien hizo él su cometido, o tan aplicado fui yo, que a los cuatro meses ya sabía manejar me con las letras. El premio para el buen maestro fue que ya no hubo más favorcillos, y mi madre le cerró las puertas de su casa. Además de guisar para estudiantes, lavaba la ropa a los caballerizos del comendador de la Magdalena, con lo que se dejaba ver a menudo por las cuadras. Conoció allí a un moreno, uno de los que cuidaban las bestias, que se llamaba Zaide. Este tal Zaide a veces se quedaba bajo nuestro techo a dormir, o a lo que fuera. Otras veces venía por el día, con el pretexto de comprar huevos, y se quedaba en la casa. A mí, al principio, me daba miedo, por lo negro que era y por la mala cara que tenía, pero cuando vi que

desde que venía comíamos mejor, empecé a tragarle e incluso a tomarle cariño. Siempre traía pan, carne o alguna otra cosa, y en invierno, leña para que nos calentáramos.

Como los dos estaban contentos, las visitas continuaron, y tanto va el cántaro a la fuente que mi madre me dio un hermanito negro muy gracioso, que pronto fue la alegría de la casa. Recuerdo que un día que estaba mi padrastro jugando con el crío, como el niño nos veía a mi madre y a mí blancos, y a su padre negro como un tizón, huyó de él y fue corriendo a mi madre, y señalando a Zaide, dijo: «¡Mamá, coco!». Y mi padrastro se rió y dijo: «Hijoputa», y no le faltaba razón a Zaide. Aunque yo también era bastante pequeño, me fijé en la reacción de mi hermanito, y pensé para mí: «¡Cuánta gente debe de haber en el mundo que huyen de los demás porque no se ven a sí mismos!». Lejos estaba entonces de vislumbrar que muy pronto iba a unirme a uno de esos que en verdad no se ven a sí mismos.

Quiso nuestra mala suerte que las relaciones de mi madre con mi padrastro llegaran a oídos del mayordomo del comendador, y, removiendo esto y aquello y husmeando aquí y allá, descubrió que de la cebada que debía dar a las bestias, el esclavo llamado Zaide se quedaba un cuarto, y

que *perdía* con demasiada frecuencia mandiles, sábanas, mantas, leña y almohazas, para que no faltara a mi madre con qué cuidar a mi hermanito. No ponemos el grito en el cielo cuando los clérigos roban a los pobres para ayudar a sus barraganas a que críen a sus hijos, pero la justicia es según con quién, y al infeliz de mi padrastro le probaron esos hurtos, y más, porque a mí me amenazaron, y yo, asustado, hasta confesé que había vendido a un herrero unas herraduras por encargo de mi madre. A mi padrastro, sin que su cofradía nada pudiera hacer, le azotaron y le echaron tocino hirviendo en las heridas, y a mi madre, además de los cien azotes por cohabitar con un hombre de otra confesión, le prohibieron entrar en casa del comendador, y que el negro entrase en la suya.

Para no empeorar las cosas, la pobre se esforzó en cumplir la sentencia, no sé si con más dolor de su corazón o de nuestros estómagos, y para no solo ser honesta sino también parecerlo, se fue a servir a los del mesón de la Solana, no lejos del palacio de los condes de Monterrey, que hacía unos pocos años que se había terminado. Y allí, padeciendo mil humillaciones e incomodidades, se continuó criando mi hermanito, hasta que casi se valía por sí mismo, y yo, que hacía recados para los huéspedes, como ir por vino o

por velas, hasta que ya era un buen mozuelo. A mi madre la ayudaba en la crianza una nodriza de los condes, que a veces paraba en el mesón y, como le sobraba leche, le daba a mi hermanito, y él, cada vez que la veía, hacía grandes fiestas, y decía: «Lese, lese». Fue esa una época bastante feliz, y más adelante, en mis noches míseras y solitarias, en las que solo mi estómago me hablaba, y a ladridos, derramaría muchas lágrimas recordando a mi madre y a mi hermanito, y los juegos que hacía con él, y los besos que me daba cuando se los pedía.

19

Y es que lo bueno dura poco, y vino a hospedarse en el mesón un ciego, que me dio más miedo la primera vez que le vi que a mi hermanito su padre, y si todos los ciegos fueran tan feos como este, más valdría que no fueran solo invidentes, sino también invisibles. Yo estaba sentado en el umbral, esperando que me dieran unas monedas para traer unas cabezas de cordero, cuando le vi venir, tanteando con su bastón el terreno. Tenía los ojos blancos, la cara llena de verrugas y manchas, una barba sucia del color de la ceniza, y el escaso cabello largo y desgredado. Solía tener la boca entreabierta, y constantemente hacía un ruido con la lengua, juntándola y separándola del paladar. Estaba siempre atento a todo, en guardia, y movía la cabeza como un pá-

jaro, y buen pájaro era, para orientar si no sus ojos, sí sus oídos y su nariz. En esto que venía hacia mí, chasqueando la lengua, tocó con la punta del palo al perrillo de la mesonera, que estaba sesteando. El ciego movió la cabeza de un lado a otro, escuchó con atención y, creyendo estar solo y que igual que él no veía a nadie, nadie le veía a él, atizó al chucho un bastonazo poniendo en ello toda su alma. El pobre perro despertó con un aullido, y se alejó a la carrera, aunque cojeando, y no sé si volvió, pero yo nunca lo volví a ver. Aunque había presenciado la escena, continué más callado que un muerto, y el ciego siguió caminando hasta pararse ante la puerta. Con el tiento me tocó la espinilla y, sin decir palabra, se agachó y me palpó la cara. Luego del examen, dijo:

—¿Cómo te llamas, muchacho?

—Lázaro —contesté.

—Pues levántate y anda, que aquí quiero entrar yo y tú estorbas.

Como a la tarde y al día siguiente la mesonera no dejara de preguntar por su perrillo, y yo no contara nada, el ciego encontró que yo, por discreto, podría valer para guiarle, y me pidió a mi madre, y ella me encomendó a él, diciendo:

—Es hijo de un buen hombre, que murió luchando contra los moros en los Gelves, igual que

años antes murió allí don García de Toledo, que era nuestro vecino, y gracias a su padre y a otros como él ya no se canta aquello de «Los Gelves, madre, malos son de ganare». Yo confío en que no salga peor que su padre, y le pido por Dios, buen ciego, que le trate bien y mire por él, pues es huérfano.

—Esté tranquila, doña Antonia, esté tranquila —respondió con tono reposado el ciego, que siempre se aprendía los nombres de pila de la gente, para ganársela, y delante de ella hablaba con deferencia, aunque a sus espaldas echara pestes—. Antes tendrá él que mirar por mí que yo por él, y le trataré no como a un mozo, sino como a un hijo —y diciendo eso, me pellizcaba cariñosamente las mejillas, haciendo que casi se me saltaran las lágrimas, aunque más de dolor que de emoción, tan postizo era su cariño.

Y de esta manera comencé a servir y a llevar del brazo a mi primer amo.

Estuvimos unos días en Salamanca, y como lo que sacaba no era mucho, el ciego decidió cambiar de aires. Antes de partir, fui a despedirme de mi madre, y los dos nos echamos a llorar, y ella me dio la bendición y dijo:

—Hijo, ya sé que no te veré nunca más. Procura ser bueno y seguir las enseñanzas de Dios. Te he criado como mejor he podido, y te he